

*Helen Hunt Jackson*

# RAMONA

*Novela Americana*

*Traducida del Inglés*

*Por José Martí*

*New York, 1888*

*edición crítica*

*Jonathan Alcántar y Anne Fountain*

Foreword, bibliography & notes © Jonathan Alcántar y Anne Fountain  
of this edition © Stockcero 2018  
1st. Stockcero edition: 2018

ISBN: 978-1-934768-94-5

Library of Congress Control Number: 2018937958

All rights reserved.

This book may not be reproduced, stored in a retrieval system, or transmitted, in whole or in part, in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise, without written permission of Stockcero, Inc.

Set in Linotype Granjon font family typeface  
Printed in the United States of America on acid-free paper.

Published by Stockcero, Inc.  
3785 N.W. 82nd Avenue  
Doral, FL 33166  
USA  
stockcero@stockcero.com

[www.stockcero.com](http://www.stockcero.com)

## INDICE

Introducción .....	vii
Obras consultadas y citadas .....	xxxii
Recursos digitales para el aula .....	xxxiii
Bibliografía útil para la lectura de <i>Ramona</i> .....	xxxv
Prólogo de José Martí.....	xxxix
Nota preliminar sobre el texto.....	xliii

## RAMONA

La Señora.....	1
¡Bien Pasado! .....	11
Ramona.....	21
El Padre Salvatierra .....	31
¡Yo soy Alejandro! .....	43
Capataz .....	53
Los Celos Enemigos.....	63
Amigos.....	73
La Mala Semilla.....	83
Noche Amarga .....	93
La Sangre India .....	105
La Red de la Araña .....	115
Planes: Meditaciones .....	131
«¡Milagro!» .....	139
¡Mi Majela!.....	157
Fuga Peligrosa y Noche Celeste.....	171
De Noche, con los Muertos.....	181
Mar y Bodas .....	193
¡Reza Ahora, Reza!.....	213

Última Hora.....	229
Tempestad y Amigos .....	241
¡A la Montaña, donde no hay Americanos! .....	257
¡Peores Cosas! .....	271
Tía Ri en Viaje.....	281
Personajes principales en la novela y traducción .....	309

## INTRODUCCIÓN

Esta edición de *Ramona* confirma el buen criterio de José Martí en elegir esta novela publicada por la autora norteamericana Helen Hunt Jackson en 1884, como una obra digna de presentarse en español para el lector hispano, especialmente el mexicano. Martí, cubano exiliado en Estados Unidos durante casi quince años, tradujo la novela por cuenta propia y la publicó en Nueva York en 1888 con el fin de difundir la obra en México, un país que amó como el suyo y en el que esperaba una generosa recepción de su traducción. La predilección de Martí por este clásico literario, portador de un mensaje de conciencia social aún vigente en nuestros días, evidencia el enorme interés que confirió a los temas representados en esta novela. Contando con múltiples ediciones y traducciones a diversos idiomas, la trama de la *Ramona* de Helen Hunt Jackson describe la vida californiana años después de la intervención estadounidense en México (1846-1848) y la firma del Tratado de Guadalupe Hidalgo. Fue la época cuando los indígenas y californios mexicanos comenzaban a ser desplazados de sus tierras y despojados de sus derechos por los recién llegados colonos anglosajones.

A pesar de este episodio oscuro en las relaciones bilaterales entre México y los Estados Unidos, California en el siglo XXI cuenta con una nutrida y creciente población de hispanohablantes de ascendencia mexicana —además de ser el segundo estado después de Nuevo México con una población de mayoría latina. Para ellos igual, como lo comentó Martí en el prólogo a la traducción hace más de cien años, *Ramona* es «nuestra novela».<sup>1</sup> Esta edición presenta lo que el lector debe saber para

---

1 Una gran cantidad de estudios críticos sobre la *Ramona* martiana han surgido en las últimas décadas. Son demasiados que es difícil resumirlos en tan pocas páginas. Estos trabajos se han enfocado en el contexto histórico, la intervención del traductor en la obra, el tapiz de los temas raciales, la voz femenina, la aplicación de teorías de traduc-

apreciar la traducción de *Ramona* y en especial el papel trascendental que ocupa en la historia de las comunidades hispanas de los Estados Unidos. Para profundizar en estos aspectos, primero habrá que destacar quiénes fueron José Martí y Helen Hunt Jackson.

## HELEN HUNT JACKSON

Helen Hunt Jackson (1830-1885) es conocida en las letras norteamericanas por su poesía, sus numerosos artículos para las revistas más populares de su época, su incansable empeño por mejorar las condiciones en que vivían las poblaciones autóctonas de su país y la novela que ha llevado su nombre a la fama, *Ramona*. La escritora nació en el estado de Massachusetts, en el este de los Estados Unidos, durante una época en que existían pocas oportunidades para las mujeres y predominaba la falta de interés por las producciones literarias femeninas. La vida típica de una joven de clase media era casarse y formar un hogar, y la futura autora siguió este camino. A los veintidós años, Jackson se casó con Edward B. Hunt, un ingeniero mecánico del ejército norteamericano. De este matrimonio nacieron dos hijos, pero ambos fallecieron repentinamente a una edad muy temprana. La muerte trágica de su esposo en un accidente militar en 1863 la dejó viuda a los treinta y cinco años de edad e hizo que recurriera a la escritura para sobrellevar su duelo y mantenerse económicamente. Así inició la carrera literaria de una de las más prolíficas escritoras norteamericanas de la segunda mitad del siglo XIX.

Jackson, a pesar de no haber escrito nada antes de 1865, se había criado en un ambiente intelectual propicio para su entrada años más tarde en el mundo de las letras. Su padre, Nathan Welby Fiske, un profesor de griego y filosofía en Amherst College, fue fundamental para que la escritora norteamericana recibiera una sólida formación académica en instituciones educativas de Massachusetts y Nueva York. Sus contemporáneos la describían como una persona de mente inquisitiva y férrea voluntad. Desde su infancia, Jackson fue entrañable amiga de la reconocida poeta norteamericana Emily Dickinson (1830-1886),

---

ción y el uso de la crítica literaria. La bibliografía de esta edición presenta una lista de fuentes para quienes desearan leer más.

quien precisamente la animó a escribir para superar su duelo y obtener su sostén económico. La joven viuda también tuvo la fortuna de contar con el apoyo del editor y ensayista Thomas Wentworth Higginson (1823-1911), un renombrado y fervoroso abolicionista de su tiempo.

Motivada por el respaldo de Dickinson y Higginson, Helen Hunt empezó a publicar poemas, ensayos, cuentos infantiles y bosquejos de viajes, pero siempre bajo los seudónimos de H.H. o Saxe Holm, que escondían su identidad como mujer. En 1875, se casó con William Sharpless Jackson, un acaudalado banquero y ejecutivo ferroviario de Colorado, cuya situación económica acomodada le permitió a Jackson dedicarse a obras literarias de mayor extensión y establecerse como una autora destacada. En total, logró producir más de treinta libros y una multitud de poemas y artículos. Su poesía fue publicada en revistas y periódicos célebres de aquellos años. Además fue elogiada por Ralph Waldo Emerson, el renombrado filósofo, poeta y escritor estadounidense, quien la incluyó en su antología *Parnassus* (1874).

Aunque en los inicios de su carrera Helen Hunt Jackson se dio a conocer por sus relatos pintorescos sobre sitios de interés para viajeros, que reflejaban sus recorridos por varios lugares de los Estados Unidos y Europa, una visita a la ciudad de Boston en 1879 cambió su vida y trayectoria literaria para siempre. La autora asistió a la presentación realizada por un grupo de indios de la tribu ponca<sup>2</sup> en la cual describieron, de forma dramática y desgarradora, los abusos que sufrieron cuando fueron desalojados a la fuerza de sus territorios en Nebraska y reubicados en una «reservación» en lo que hoy es el estado de Oklahoma. Al escuchar el afligido testimonio de Standing Bear, el jefe indio de la tribu ponca, y de enterarse de los muchos casos de injusticia y racismo que este grupo indígena había vivido como consecuencia del expansionismo estadounidense hacia el oeste, Jackson se convirtió en una tenaz defensora de las comunidades indígenas de su país. Estos acontecimientos fueron la causa que estableció su legado.

A primera vista Helen Hunt Jackson no parecía haber nacido para ser reformista; su transformación en una notoria activista fue inusual

---

2 En la introducción a esta edición se utilizan los términos *indio*, *indígena*, *nativo americano*, *indio americano* o el nombre específico de la tribu o nación para referirse a los primeros pobladores del continente. Con ello, se debe aclarar, sin pretender caer en generalizaciones; sino por el contrario, se quiere resaltar la enorme diversidad de formas de identificarse y sentirse dentro de estas comunidades. Así pues, el lector verá referencias al vocablo «indio» e «Indian» cuando estén directamente relacionados a los textos de Jackson y Martí.

y tardía. A pesar de su cercana amistad con el notable abolicionista Higginson, nunca se adhirió a esta causa ni apoyó públicamente al movimiento sufragista. Sin embargo, con los indios norteamericanos experimentó una conversión ideológica y lideró casi por sí sola una empresa encaminada a cambiar la política del gobierno federal hacia las poblaciones nativo americanas. Su encuentro con los ponca despertó en ella una sed de justicia que se materializó en una lucha social incansable en defensa de los derechos de los indios y una dura denuncia contra las violaciones cometidas en los tratados gubernamentales firmados con las tribus indígenas. Por medio del envío de cartas a los diarios más influyentes de la nación, empezó una ávida campaña con el fin de educar y persuadir al público norteamericano a apoyar su causa.

En 1881, Jackson publicó *A Century of Dishonor* (Un siglo de infamia), una obra que culminó después de seis meses de investigación en la biblioteca Astor de la ciudad de Nueva York. Su trabajo documentaba los actos violentos perpetrados en contra de las poblaciones indígenas, examinaba el incumplimiento de los tratados estadounidenses firmados con los pueblos winnebago, cheyenne, nez percé, delaware, cherokee, sioux y los ponca y criticaba la política del gobierno federal de no reconocer la soberanía tribal de los indios americanos. Como forma de protesta, Jackson obsequió un ejemplar de su libro a todos los miembros del Congreso para recriminar su silencio e indiferencia. En una era en la que gran parte de la sociedad norteamericana apoyaba el exterminio de las comunidades nativo americanas por considerárseles un obstáculo para el progreso y expansión del país, la osada estrategia de Jackson consistió en revertir la imagen del indio, de victimario a víctima, a través de una cuidadosa documentación de las graves injusticias que habían sufrido sus pueblos (Dorris ix). Pese a que el libro no generó el efecto reformista que pretendía en la nación, su publicación dio inicio a candentes debates en la sociedad norteamericana e influyó en la formación de grupos humanitarios que aprendieron sobre los agravios históricos que habían sufrido los indios. Esta etapa sirvió como preludeo del nuevo rumbo que abordaría el activismo de Jackson: la cruzada por mejorar las condiciones de vida de los indígenas en las misiones del sur de California.

Después de la publicación de *A Century of Dishonor*, Jackson se convirtió en la activista más emblemática del movimiento reformista indígena. Ese mismo año, *The Century Magazine*, una revista neoyorkina,



la contrató para viajar y escribir varios artículos sobre el pasado de las misiones del sur de California. A su llegada a Los Ángeles, la autora conoció a Don Antonio Francisco de Coronel y su esposa Mariana, con quienes estableció una bonita amistad. El matrimonio, perteneciente a una de las familias mexicanas más antiguas y respetadas en la región, resultó ser indispensable para educarla sobre el trasfondo histórico y cultural de las misiones californianas antes y después de su secularización en 1833. En enero de 1882, Jackson inició una serie de viajes a través del sur de California y llegó a visitar diferentes lugares, inclusive Camulos, un rancho de encanto pintoresco que pertenecía a la familia Del Valle y que le sirvió posteriormente para sus descripciones del hogar de los Moreno en *Ramona*.

En sus recorridos por el sur de California, la escritora y activista norteamericana tomó apuntes y realizó estudios detallados sobre la historia de las misiones, los paisajes, la arquitectura, y la producción agrícola, pero sobre todo observó de cerca el deplorable estado en que vivían los indios. El próximo año, la administración del presidente Chester A. Arthur nombró a Jackson y Abbot Kinney comisionados especiales para evaluar la situación de las comunidades indígenas de las misiones californianas. Kinney era un intérprete y traductor que la autora norteamericana conoció durante sus primeras visitas a California. A lo largo de sus jornadas de trabajo, los comisionados pudieron constatar cómo eran los indígenas oprimidos y desplazados ilegalmente de sus tierras. En «Report on the Conditions and Needs of the Mission Indians of California», un informe de cincuenta y seis páginas presentado a ambas cámaras del Congreso en 1883, Jackson y Kinney analizaron críticamente la situación de las poblaciones indígenas de las misiones, recopilando sus testimonios y proponiendo la adopción de diversas recomendaciones para frenar el desalojo arbitrario de estas comunidades a manos de agentes del gobierno y colonos anglosajones. A pesar de la urgencia con la que instaban a las autoridades federales a intervenir para resolver este problema, el informe no provocó la reacción que esperaban en los legisladores; inclusive sus críticos tachaban la labor de Jackson a favor de los indios como imprudente porque condenaba la insensibilidad política de los congresistas en Washington.

Contrario a lo que Jackson esperaba y debido al caso omiso que recibieron *A Century of Dishonor* y su informe ante el Congreso, la autora norteamericana adoptaría otra táctica. Determinada a continuar con

su mensaje reformista en pro de los pueblos autóctonos de su país, ideó llevar su proyecto al género de la ficción y así lo reveló en una carta fechada en el mes de diciembre de 1884 a Thomas Bailey, editor del *Atlantic Monthly*: en la que Jackson expresó: «What I wanted to do was to draw a picture so winning and alluring in the beginning of the story, that the reader would become thoroughly interested in the characters before he dreamed of what was before him...» (*The Indian Reform Letters*, 337). Jackson anhelaba hacer por el indio norteamericano lo que Harriet Beecher Stowe había logrado para el negro con su novela, *Uncle Tom's Cabin* (La cabaña del tío Tom): alcanzar la conciencia y el corazón de la Unión Americana para influir en la promulgación de reformas que ofrecieran una mayor protección a las comunidades indígenas sobre sus territorios. En diciembre de 1883, la autora estadounidense se trasladó a la ciudad de Nueva York y se hospedó en el Hotel Berkeley para escribir la novela. Allí trabajó incesantemente, redactando de 2000 a 3000 palabras cada día y finalizando *Ramona* para la primavera de 1884 (Helmuth 19). La obra de Jackson apareció originalmente seriada en el periódico semanal *The Christian Union* y, meses más tarde fue publicada por la editorial Roberts Brothers. Las minuciosas descripciones de la vida californiana de antaño y el amor trágico de la heroína, Ramona, despertaron una fascinación casi inimaginable en sus lectores, y la novela alcanzó una popularidad inmediata. En menos de un año, *Ramona* había vendido más de 15,000 ejemplares, un éxito comercial que rebasaría la misión inicial de Jackson.

No obstante que la novela entró en la categoría de «best-seller», para su autora el proyecto literario había fracasado, dado que no provocó una reacción urgente entre sus lectores ante los abusos cometidos a los derechos humanos y territoriales de los indígenas. Tampoco logró presionar al gobierno federal a remediar el desplazamiento forzado de estas comunidades. En una de sus últimas cartas, Jackson esperaba que *Ramona* algún día pudiera alcanzar la conciencia de la sociedad norteamericana: «In my 'Century of Dishonor' I tried to attack people's consciuosness directly, and they would not listen. Now I have sugared my pill, and it remains to be seen if it will go down» (*The Indian Reform Letters* 341).

*Ramona* fue la última obra de extensión de Jackson. La reformista falleció el 12 de agosto de 1885 cuando todavía estaba comprometida a luchar al lado de los indios cuyas tribulaciones y discriminación había

retratado en su libro. Si bien es cierto que el Congreso de EE.UU. aprobaría el llamado Dawes Act o Allotment Act de 1887, dando un giro controversial a la política federal hacia las poblaciones nativo americanas al otorgarles el derecho a la ciudadanía norteamericana, los resultados fueron contraproducentes para los indios; se fraccionaron las tierras comunales bajo la jurisdicción de las reservas y se fomentó la destrribalización (disminución o extinción de la vida tribal) mediante la construcción de escuelas que tenían el propósito de asimilar a los niños indígenas de las reservas a la cultura anglosajona-americana. ¿Qué habría dicho Helen Hunt Jackson de tal reforma? ¿Era éste su objetivo, su último esfuerzo? En realidad, no se sabe, pero ni el Dawes Act o Allotment Act ni otras reformas posteriores trajeron alivio verdadero a las comunidades indígenas. Aunque hoy en día la mayoría de la población nativo americana vive en ciudades y no en reservas, sufre de un racismo sistemático reflejado en los altos niveles de pobreza y marginación. Sin embargo, la lucha indígena no ha caducado y en el siglo XXI se ha fortalecido a través del activismo ambiental. Las movilizaciones indígenas y de simpatizantes en Standing Rock en contra del oleoducto en Dakota del Norte hacen eco de esa reacción urgente ante la injusticia que Jackson siempre quiso provocar en la conciencia de sus lectores.

## EL TRADUCTOR

José Martí (1853-1895) es conocido como el Héroe Nacional y el Apóstol de la Libertad de Cuba, un autor de gran peso intelectual y moral, así como uno de los pensadores más influyentes en la América Latina. Su legado literario es enorme y la más completa edición de sus obras en la actualidad consta de veintiocho volúmenes. Dedicó su vida a la independencia de esa isla y murió luchando por la patria en una escaramuza con las tropas españolas en la parte este del país en 1895.

Cuando Martí nació, en 1853, Cuba era todavía una colonia, uno de los últimos vestigios del imperio español. En ese mismo año, los Estados Unidos propuso una de las tantas ofertas, promulgadas desde los tiempos del presidente Thomas Jefferson, para comprar la isla y tenerla como propiedad estadounidense. En este contexto histórico, el estatus de Cuba como colonia y la codicia de Norteamérica por adquirirla

## OBRAS CONSULTADAS Y CITADAS

- Alcántar, Jonathan. *José Martí y su concepto del indio en Ramona*. MA thesis: San José State University, 2009.
- Arencibia Rodríguez, Lourdes. *El traductor Martí*. Pinar del Río: Ediciones Hermanos Loynaz, 2000.
- Camacho, Jorge. *Etnografía, política y poder a finales del siglo XIX: José Martí y la cuestión indígena*. Chapel Hill, NC: North Carolina Studies in the Romance Languages and Literatures, 2013.
- Carrancá y Trujillo, Raúl. Prólogo. *La clara voz de México*. Por José Martí. Compilación y notas de Camilo Carrancá y Trujillo. México: Imprenta Universitaria, 1953. 1-13.
- Davis, Carlyle Channing and William A. Alderson. *The True Story of «Ramona»: Its Facts and Fictions, Inspiration and Purpose*. New York: Dodge Pub. Co., 1914.
- DeLyser, Dydia. *Ramona Memories: Tourism and the Shaping of Southern California*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 2005.
- Dorris, Michael. Introduction. *Ramona*. By Helen Hunt Jackson. New York: Signet, 2002. v-xviii.
- Fernández Retamar, Roberto. «Sobre *Ramona* de Helen Hunt Jackson y José Martí». *Mélanges a la Mémoire D'André Jouch-Ruan* 2 (1975): 699-705.
- Fountain, Anne. *José Martí, the United States, and Race*. Gainesville: University Press of Florida, 2014.
- Gutiérrez Nájera, Manuel. «Humoradas dominicales». *El Partido Liberal* [Ciudad de México]. 23 Dic. 1888: 1
- Helmuth, Gloria J. *The Life of Helen Hunt Jackson*. Buena Vista: Classic Reprographics, 1995.

- Jackson, Helen Hunt. *A Century of Dishonor: Of the United States Government's Dealings with Some of the Indian Tribes*. Boston: Roberts Brothers, 1881.
- \_\_\_\_\_. *The Indian Reform Letters, 1879-1885*. Ed. Valerie Sherer Mathes. Norman: University of Oklahoma, 1998.
- \_\_\_\_\_. *Ramona*. Boston: Roberts Brothers, 1884.
- Kerekes, Ana-Maria. *Poder y belleza de la palabra: análisis de la traducción martiana de la novela «Ramona» de Helen Hunt Jackson*. MA thesis: Concordia University, 2009.
- Martí, José. *Obras completas*. Director: Gonzalo de Quesada y Miranda. La Habana: Editorial Trópico, 1944.
- \_\_\_\_\_. *Obras completas* (28 vols.) La Habana: Editorial Nacional de Cuba, 1963-73. (El tomo 28 de las *Obras completas* [Nuevos Materiales] fue publicado por el Instituto Cubano del Libro).
- \_\_\_\_\_. *Obras completas: Edición Crítica*. 26 vols. La Habana: Centro de Estudios Martianos, 2000-2016.
- Mathes, Valerie Sherer. Afterword. *Ramona*. By Helen Hunt Jackson. New York: Signet, 2002. 363-73.
- Peza, Juan de Dios. «*Ramona*». *El Lunes* [Ciudad de México]. 13 Ag. 1888: 3.
- «Propiedad literaria». *La Voz de México* [Ciudad de México]. 8 En. 1889: 4.
- Schulman, Ivan A. «*Lucía Jerez*: una novela de la modernidad decimonónica». *Lucía Jerez*. Por José Martí. Buenos Aires: Stockcero, 2005. ix-xiii.
- Wilson, Patricia. «El fin de una época: letrados-traductores en la primera colección de literatura traducida del siglo XX en la Argentina». *Trans. Revista de Traductología* 12 (2008): 29-42.

## RECURSOS DIGITALES PARA EL AULA

En esta introducción se ha comentado la investigación que hizo Helen Hunt Jackson sobre los tratados entre el gobierno de los Estados Unidos y las naciones indígenas. Los que quieran saber más sobre esta historia pueden consultar la exposición del Museo Nacional del Indígena Americano (National Museum of the American Indian): “Nation to Nation: Treaties Between the United States and American Indian Nations” (<http://nmai.si.edu/>). La exposición es accesible en línea y seguirá disponible hasta el 2021.

Si desea más información sobre la historia de las misiones en California, se recomienda visitar el siguiente recurso digital y bilingüe en la Biblioteca del Congreso: *Historias Paralelas: España, Estados Unidos y la Frontera Americana/Parallel Histories: Spain, the United States, and the American Frontier* (<https://memory.loc.gov/intldl/eshtml/eshome.html>)

## BIBLIOGRAFÍA ÚTIL PARA LA LECTURA DE *Ramona*

### FUENTES PRIMARIAS

- Jackson, Helen Hunt. *A Century of Dishonor: Of the United States Government's Dealings with Some of the Indian Tribes*. Boston: Roberts Brothers, 1881.
- \_\_\_\_\_. *Glimpses of California and the Missions*. Boston: Little, Brown, & Co., 1902.
- \_\_\_\_\_. *Ramona*. Roberts Brothers, 1884.
- Jackson, Helen Hunt and Abbot Kinney. *A Report on the Conditions and Needs of the Mission Indians*. Washington: Government Printing Office, 1883.
- Martí, José. *Obras completas*. Dirigida por Gonzalo de Quesada y Miranda. La Habana: Editorial Trópico, 1944.
- \_\_\_\_\_. *Obras completas*. 28 vols. La Habana: Editorial Nacional de Cuba, 1963-73.
- \_\_\_\_\_. *Obras completas: Edición crítica*. 26 vols. La Habana: Centro de Estudios Martianos, 2000-16.

### FUENTES SECUNDARIAS

- Alcántar, Jonathan. *José Martí y su concepto del indio en Ramona*. MA thesis: San José State University, 2009.
- Arencibia Rodríguez, Lourdes. *El traductor Martí*. Pinar del Río: Ediciones Hermanos Loynaz, 2000.
- Banning, Evelyn I. *Helen Hunt Jackson*. New York: Vanguard Press, 1973.
- Bojórquez Urzaiz, Carlos E. «Lecturas de José Martí con la luz californiana». *Arenas Blancas: Revista Literaria* 9 (2008): 26-30.

- Brigandi, Phil. «The Rancho and the Romance: Rancho Camulos: The Home of Ramona.» *The Ventura County Historical Society Quarterly* 42.3-4 (1998): 3-45.
- Byers, John R. «The Indian Matter of Helen Hunt Jackson's *Ramona*: From Fact to Fiction.» *American Indian Quarterly* 2.4 (1975-76): 331-46.
- Callahan, Robert E. *About Ramona and the Story of Ramona Village*. Los Angeles: Robert E. Callahan, 1928.
- Davis, Carlyle Channing and William A. Alderson. *The True Story of 'Ramona': Its Facts and Fictions, Inspiration and Purpose*. New York: Dodge Pub. Co., 1914.
- Davis, Mike. *Excavating the Future in Los Angeles*. London: Verso, 1990.
- Del Castillo, Richard G. «The Del Valle Family and the Fantasy Heritage.» *California History* 59.1 (1980): 1-15.
- DeLyser, Dydia. *Ramona Memories. Tourism and the Shaping of Southern California*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 2005.
- Dorris, Michael. Introduction. *Ramona*. By Helen Hunt Jackson. New York: Signet, 2002. v-xviii.
- Fernández Retamar, Roberto. «Sobre *Ramona* de Helen Hunt Jackson y José Martí.» *Mélanges a la Mémoire D'André Jouch-Ruan* 2 (1975): 699-705.
- Fountain, Anne. *José Martí, the United States, and Race*. Gainesville: University Press of Florida, 2014.
- Gillman, Susan. «*Ramona* in 'Our America'.» *José Martí's «Our America»: From National to Hemispheric Cultural Studies*. Ed. Raúl Fernández and Jeffrey Belnap. Durham: Duke University Press, 1998. 91-111.
- Gonzalez, John. «The Warp of Whiteness: Domesticity and Empire in Helen Hunt Jackson's *Ramona*.» *American Literary History* 16.3 (2004): 437-65.
- Griffith, D. W, dir. *Ramona*. Perf. Mary Pickford, Henry B. Walthall, Kate Bruce, J. B. Warner and Elinor Fair. 1910. Milestone Film & Video, 2009. DVD.
- Havard, John C. «Sentimentalism, Interracial Romance, and Helen Hunt Jackson and Clorinda Matto De Turner's Attacks on Abuses of Native Americans in *Ramona* and *Aves Sin Nido*.» *Intertexts* 11.2 (2007): 101-21.



- Helmuth, Gloria J. *The Life of Helen Hunt Jackson*. Buena Vista, CO: Classic Reprographics, 1995.
- Hufford, D. A. *The Real Ramona of Helen Hunt Jackson's Famous Novel*. Los Angeles: D.A. Hufford & Co., 1900.
- Irwin, Robert M. «*Ramona* and Postnationalist American Studies: On 'Our America' and the Mexican Borderlands.» *American Quarterly* 55.4 (2003): 539-67.
- Jacobs, Margaret D. «Mixed-Bloods, Mestizas, and Pintos: Race, Gender, and Claims to Whiteness in Helen Hunt Jackson's *Ramona* and María Amparo Ruiz De Burton's *Who Would Have Thought It?*» *Western American Literature* 36.3 (2001): 212-31.
- James, George Wharton. *Through Ramona's Country*. Boston: Little, Brown & Co., 1909.
- Luis-Brown, David. «'White Slaves' and the 'Arrogant Mestiza': Reconfiguring Whiteness in *the Squatter and the Don* and *Ramona*.» *American Literature* 69.4 (1997): 813-39.
- Mathes, Valerie Sherer. Afterword. *Ramona*. By Helen Hunt Jackson. New York: Signet, 2002. 363-73.
- \_\_\_\_\_. «Helen Hunt Jackson: Official Agent to the California Mission Indians.» *Southern California Quarterly* 63.1 (1981): 63-82.
- May, Antoinette. *Helen Hunt Jackson: A Lonely Voice of Conscience*. San Francisco: Chronicle Books, 1987.
- Monroy, Douglas. *Thrown among Strangers: The Making of Mexican Culture in Frontier California*. Berkeley: University of California Press, 1990.
- Noriega, Chon A. «Birth of the Southwest: Social Protest, Tourism, and D. W. Griffith's *Ramona*.» *The Birth of Whiteness: Race and the Emergence of U. S. Cinema*. Ed. Daniel Bernardi. New Brunswick: Rutgers University Press, 1996. 203-26.
- Oandasan, William. «*Ramona*: Reflected through Indigenous Eyes.» *California Historical Society Courier* 28.1 (1986): 7.
- Padget, Martin. «Travel Writing Sentimental Romance, and Indian Rights Advocacy: The Politics of Helen Hunt Jackson's *Ramona*.» *Journal of the Southwest* 42.4 (2000): 833-76.
- Phillips, Kate. *Helen Hunt Jackson: A Literary Life*. Berkeley: University of California Press, 2003.

- Schulman, Ivan A. *Relecturas martianas: narración y nación*. Amsterdam/Atlanta: Rodopi, 1994.
- Senier, Siobhan. *Voices of American Indian Assimilation and Resistance: Helen Hunt Jackson, Sarah Winnemucca, and Victoria Howard*. Norman: University of Oklahoma Press, 2001.
- Suárez León, Carmen. *La alegría de traducir*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 2007.
- Vallejo, Catherine. «José Martí y su transpensamiento de *Ramona* por Helen Hunt Jackson: un diálogo de sustancia y estilo». *Revista Iberoamericana* 79.244-245 (2013): 777-95.

## PRÓLOGO DE JOSÉ MARTÍ

### *Ramona*, DE HELEN HUNT JACKSON

«*Ramona* es un libro que no puede dejarse de la mano: se le lee día y noche, y no se quisiera que el sueño nos venciese antes de terminar su lectura; está henchido de idealismo juvenil, sin dulzores románticos; de generosidad, sin morales pedagógicas; de carácter, sin exageradas minimeces; de interés alimentado con recursos nuevos, sin que el juicio más descontentadizo tenga que tacharlo de violento o falso. Lo atraviesa, como un rayo de luz, un idilio de amor americano. El ingenio hace sonreír, allí donde la pasión acaba de estallar. El diálogo pintoresco sucede a una descripción que rivaliza en fuerza de color con la naturaleza. No es un libro de hediondeces y tumores, como hay tantos ahora, allí donde la vida se ha maleado; sino un lienzo riquísimo, un recodo de pradera, un cuento conmovedor, tomado, como se toma el agua de un arroyo, de un país donde todavía hay poesía. Las palabras parecen caídas de los labios mismos de los ingenuos interlocutores: el escenario, distinto en cada página, tiene todo el brillo de la pintura con el encanto de la historia: la acción, noble y ligera, se traba con tal verdad y alcance que allí donde la mujer más casta encuentra sano deleite, halla a la vez el crítico un libro digno de su atención y una robusta fábrica literaria.»

Eso dice de esta novela, verdaderamente notable, uno de sus críticos norteamericanos. Dice la verdad. Pocos libros interesan más que *Ramona*, y pocos dejan una impresión tan dulce. El primoroso gusto de su autora afamada, de Helen Hunt Jackson, le permitió escribir una obra de piedad, una obra que en nuestros países de América pudiera ser de verdadera resurrección, sin deslucir la magia de su cuento, la gracia de su idilio, la sobria novedad de sus escenas trágicas, la moderación artística de sus vigorosas descripciones, con aquel re-

volver de una idea fanática que no sienta en una obra de mero recreo y esparcimiento. Este libro es real, pero es bello. Las palabras relucen como joyas. Las escenas, variadas constantemente, excitan, con cuerdos descansos, las más diversas emociones. Los caracteres se sostienen por sí, y se albergan como entes vivos en el recuerdo después de la lectura. «¡Gracias!», se dice sin querer al acabar de leer el libro; y se busca la mano de la autora, que con más arte que Harriet Beecher Stowe hizo en pro de los indios, en pro acaso de alguien más, lo que aquella hizo en pro de los negros con su *Cabaña del Tío Tom. Ramona*, según el veredicto de los norteamericanos, es, salvas las flaquezas del libro de la Beecher, otra «Cabaña».

Helen Hunt Jackson, que tenía en su naturaleza «extraña mezcla de fuego y brillo de sol»; que, según otro de sus biógrafos, reunía a la sensatez de su amigo Emerson «toda la pasión y exuberancia tropicales»; que en su célebre *Siglo de Infamia* es arrebatada como nuestra elocuencia y punzante como nuestras tunas; que en sus graves versos tiene la claridad serena de nuestras noches y el morado y azul de nuestras ipomeas, pinta con luz americana paisajes, drama y caracteres nuestros, sin que la novedad del asunto exagere o desvíe la verdad de lo que copia, sin que la gracia femenina haga más que realzar con atractivo nuevo la constante virilidad literaria, sin que la mira piadosa con que escribe le lleve a descuidar en un párrafo o incidente sólo la armonía artística y meditada composición del libro, sin que el haber nacido en Norteamérica le oscureciese el juicio al estudiar, como estudió, en los manuscritos de los misioneros, en los archivos de sus conventos, en los papeles de las infelices familias mexicanas, la poesía y nobleza seductoras con que avasalla a sus rivales natos nuestra raza. Como Ticknor escribió la historia de la literatura española, Helen Hunt Jackson, con más fuego y conocimiento, ha escrito quizás en *Ramona* nuestra novela.

¿Deberá decirse aquí el estilo coloreado, la trama palpitante, la acabada y dramática pintura de nuestras antiguas haciendas, la alegre casa mexicana y su orden generoso, la mestiza arrogante que en la persecución y en la muerte va cosida a su indio, la belleza del país por donde pasan en su huida, el bíblico rincón donde amparan sus últimos ganados, su niña de «ojos de cielo», sus desesperados amores, hasta que los echa de él, como bestias perseguidas, alumbrándose con las astillas de la cuna rota, la vencedora raza rubia? Aquella vida serena de

nuestros viejos solares campesinos; aquella familia amorosísima, agrupada, como los retoños al tronco del plátano, junto a la madre criada en la fe de la iglesia; aquellos franciscanos venerables, por cuya enérgica virtud pudo levantarse, con la fortaleza de los robles donde cobijaba su primer altar, una religión desfallecida; aquel manso infortunio de los indios, sumisos, laboriosos y discretos; y luego la catástrofe brutal de la invasión, la llamarada de la rebeldía, la angustia de la fuga, el frío final de muerte, sin que se extinga el sol ni palidezca el cielo, viven en estas páginas como si los tuviéramos ante los ojos. Resplandece el paisaje. El libro nos va dando hermanos e ideas. Se ama, se reposa, se anhela, se padece, se asiste a una agonía histórica en una naturaleza rebosante. Un arte sumo distribuye con medida los fúlgidos colores. Se disfruta de un libro que sin ofender la razón calienta el alma, uno de los pocos libros que pueden estar a la vez sobre la mesa del pensador y en el recatado costurero. Todos hallarán en *Ramona* un placer exquisito: mérito el literato, color el artista, ánimo el generoso, lección el político, ejemplo los amantes, y los cansados entretenimiento.

JOSÉ MARTÍ

New York, Septiembre de 1887



## NOTA PRELIMINAR SOBRE EL TEXTO

La edición príncipe de Martí contenía algunas erratas de ortografía menores que han sido enmendadas en las ediciones posteriores del texto publicadas por el Centro de Estudios Martianos de La Habana. Estos cambios van incorporados en esta versión de la traducción. Si el lector quisiera ver estas modificaciones, puede consultar la Edición Crítica de las *Obras completas* de José Martí, tomo 21, Traducciones II (2010). En aquel tomo las correcciones van señaladas en notas al pie de página. Los lectores muy atentos verán que hay varios casos en los cuales la puntuación de la obra original de Martí, y en especial el uso de los guiones de aclaración, no va conforme a las normas. Puesto que la edición publicada por el Centro de Estudios Martianos no altera esta puntuación, tampoco se ha cambiado en la versión de la traducción que se incluye aquí.





# RAMONA

*Novela Americana*



## LA SEÑORA

**E**ra tiempo de esquila en la Baja California, pero la esquila estaba retrasada en lo de la Señora Moreno. Felipe Moreno había estado enfermo, y él era el hijo único y cabeza de la casa desde la muerte de su padre. Nada podía hacerse sin él en el rancho, a juicio de la Señora. Desde que sombreó la barba el bello rostro del mancebo, todo había sido en la casa: «Pregúntale al Señor Felipe.» «Ve donde el Señor Felipe.» «El Señor Felipe atenderá a eso.»

Lo cierto es que no era Felipe, sino la Señora, quien lo gobernaba todo, desde los pastos hasta el cantero de alcachofas; pero de eso, sólo la Señora se daba cuenta. Siempre hubiera parecido persona superior la Señora Gonzaga Moreno; pero era verdaderamente excepcional para el tiempo y país en que vivía. Con sólo lo que se vislumbraba de su vida, hubiera asunto para una novela de esas que dan calor y frío. Desde su cuna la tuvo muy en sus brazos la Santa Madre Iglesia; y eso hubiera dicho ella que la había ido sacando en salvo de sus cuitas, si entre sus muchas sabidurías no tuviese la Señora la de no hablar jamás de sí. Nunca exterior más reservado y apacible encubrió una naturaleza tan apasionada e imperiosa, siempre en tren de combate, rebotando tormenta, aborrecida a la vez que adorada, y hecha a que no la contrariase nadie sin que pagara caro su osadía. Invencible era la voluntad de la Señora; pero ningún extraño a la casa lo hubiera sospechado, viéndola escurrirse de un lado para otro en su humilde traje negro, con el rosario colgándole del cinto, bajos los ojos negros y suaves, y el rostro manso y triste. Parecía no ser más que una anciana devota y melancólica, amable e indolente como su raza, aunque más dulce y reflexiva que ella. Su voz contribuía a esta impresión equi-

vocada, porque no hablaba nunca alto ni aprisa, y aun se notaba a veces cierta curiosa dificultad en su pronunciación, que casi era tartamudez, y recordaba el cuidado que ponen en hablar los que han padecido de este vicio. Eso la hacía aparecer en ocasiones como si no tuviese cabales las ideas, lo que envalentonaba a las gentes, sin ver que la dificultad venía sólo de que la Señora conocía tan bien su pensamiento que le costaba trabajo expresarlo del modo más conforme a sus fines.

Sobre la esquila precisamente había habido entre ella y el capataz Juan Canito, a quien decían Juan Can por más corto y por distinguirlo del pastor Juan José, algunas pláticas que con persona menos hábil que la Señora hubiesen parado en cólera y disgusto. Juan Canito quería que la esquila empezase, aunque estuviera en cama Felipe, y no hubiese vuelto de la costa el cachaza de Pedro, con el rebaño que llevó allá para pastos. «De sobra tenemos ovejas para empezar», dijo una mañana: «por lo menos mil». Y para cuando esas estuviesen esquiladas, habría vuelto Pedro con el resto. Si el Señor Felipe seguía enfermo, ¿no había él, Juan Can, hecho la ensaca cuando Felipe iba en pañales? Pues lo que hizo, podía volverlo a hacer. La Señora no veía volar el tiempo. Y como habían de ser indios los de la esquila, iban a verse sin esquiladores. Por supuesto, si ella quisiera emplear mexicanos, como todos los demás ranchos del valle, sería diferente, pero se empeñaba en que fueran indios. «Dios sabe por qué...», añadió de mal modo, comiéndose las palabras.

—No te entiendo bien, Juan, interrumpió la Señora en el mismo instante en que dejaba escapar el capataz esta exclamación irrespetuosa: habla un poco más alto: como que la vejez me va poniendo sorda.

¡Con qué tono tan suave y cortés decía esto la Señora, clavando sus ojos negros y serenos en los de Juan Canito, con una mirada cuya penetración era él tan incapaz de entender como una de sus ovejas! No hubiera Juan podido explicar por qué contestó en seguida involuntariamente: «Dispéñeme la Señora.»

—No hay de qué, Juan, replicó ella con grave dulzura. No es tuya la culpa de que yo ande sorda. Pero sobre eso de los indios: ¿no te dijo el Señor Felipe que ya tenía comprometida la misma cuadrilla de esquiladores del año pasado, la de Alejandro, de Temecula? Ellos esperarán hasta que estemos listos: Felipe les avisará con un propio: él dice

que no hay gente mejor en todo el país. En una o dos semanas Felipe estará bueno; así que las pobres ovejas tendrán que llevar la carga unos días más. Y dime, Juan, ¿habrá este año mucha lana? El General decía que tú podías calcular la cosecha libra más libra menos cuando la llevaban al lomo las ovejas.

—Sí, Señora, respondió Juan sumiso: los animalitos lucen muy bien para lo pobre del pasto en este invierno. Pero no hay qué decir, hasta que ese... Pedro no traiga su rebaño.

Sonrió la Señora a pesar suyo, al notar cómo se había tragado Juan Can la mala palabra con que adornó en su mente a Pedro. Juan, animado por la sonrisa, dijo de esta manera:

—El Señor Felipe no sabe ver falta en Pedro, como que crecieron juntos; pero ya lo sentirá, voy al decir, un día de éstos, cuando le venga un rebaño peor que muerto, y gracias a nadie más que a Pedro. Mientras lo puedo tener a mi vista acá en el valle, todo va bueno; pero uno de los corderitos, Señora, es de más respeto que él para manejar un rebaño; un día corre a las ovejas hasta dejarlas sin vida, y al otro no les da de comer: ¡le digo que una vez hasta se olvidó de darles agua!

Conforme adelantaba Juan su queja, fue enseriando el rostro la Señora sin que él lo notase, porque mientras le hablaba tenía los ojos fijos en su perro favorito, que retozaba ladrando a sus pies.

—Quieto, Capitán, quieto, dijo echándolo a un lado, que no dejas oír a la Señora.

—Demasiado bien oigo, Juan Canito, dijo ella en tono suave, pero de un frío de hielo. No está bien que un criado hable mal de otro. Me ha dado mucha pena eso de tu boca, y espero que cuando venga el Padre Salvatierra le confesarás este pecado. Si el Señor Felipe te pudiese asunto, el pobre Pedro tendría que irse por esos mundos sin casa ni amparo: ¿es ésa acción, Juan Can, para que un cristiano se la haga a su prójimo?

—Señora, no lo dije por mal, principió a decir Juan, temblando todo él por la injusticia del reproche.

Pero ya la Señora le había vuelto la espalda, como enojada del discurso. Quedó Juan mirándola, mientras ella se alejaba a su usual paso lento, ligeramente inclinada la cabeza, con el rosario levantado en la mano izquierda, y repasando con la derecha avemarías y padre-nuestros.

—Rezoes, siempre rezoes, murmuró Juan sin quitarle los ojos: si por

rezar se va al cielo, allá se va derecho la Señora. Siento haberla enojado: ¿qué ha de hacer un hombre, si quiere a la casa con el corazón, cuando ve que los holgazanes se la comen? ¡Regáñenme cuanto quieran, y hagan que me confiese con el Padre; pero para eso me tienen aquí, para ver lo que pasa! ¡Cuando sea hombre, tal vez lo hará bien el Señor Felipe; pero ahora es muy mozo!—Y dio con el pie en el suelo, como si quisiera vengarse de su humillación.

—¡Que me confiese con el Padre Salvatierra! Sí lo haré, que aunque es cura, el hombre tiene juicio:—y aquí se santiguó el sencillo Juan, escandalizado de su pícaro pensamiento. Y le preguntaré cómo he de manejarme con este muchachazo que manda aquí en todo; ¡y la Señora embebecida, que cree que él sabe más que una docena de viejos! Bien conoció el Padre el rancho en otros tiempos, cuando era más que ahora. No es cosa de juego, bien lo sabe él, gobernar tanta hacienda. ¡En mal día se murió el General, que en paz descanse!

Se encogió Juan de hombros, llamó a Capitán, y seguido de él se fue hacia el alegre colgadizo de la cocina, donde durante veinte años había fumado su tabaco todas las mañanas. Pero a lo que iba por la mitad del patio le asaltó un pensamiento y paró el paso tan pronto, que Capitán creyó sería algo del rebaño, enderezó las orejas, púsose como al correr, y miró a su amo, aguardando la consigna.

—Conque el Padre llega el mes que viene?, se dijo Juan. Hoy es 25: la esquila no empezará hasta que él no venga: entonces tendremos misa en la capilla todas las mañanas, y vísperas en las noches, y la gente se estará aquí comiendo lo menos dos días más, por el tiempo que pierdan en eso y en las confesiones. Para eso sí sirve el Señor Felipe, que vaya que es piadoso. No está mal que esos diablos de indios tengan misa una vez que otra. Me recuerda el buen tiempo, cuando la capilla se llenaba de indios arrodillados, y había más a la puerta. A la Señora le ha de gustar, porque le parecerá que es como antes, cuando los indios todos eran de la casa. Conque el mes que viene: bueno. El Padre siempre llega en la primera semana del mes. Ella dijo: «en una o dos semanas Felipe estará bien». Serán dos: diez días, más o menos: empezaré a hacer las casas la semana que entra. ¡El diablo se lleve a Pedro, que no llega! Nadie conoce el sauce como él, pero los sueños lo tienen vuelto loco.

Estas aclaraciones pusieron a Juan para el resto del día alegre. Era la viva imagen del contento, sentado en el banco con la espalda al

muro, las largas piernas tendidas a casi todo lo ancho del colgadizo, en los bolsillos las dos manos, y el tabaco caído a un lado de la boca. Los pequeñuelos que hormigueaban siempre por los alrededores de la cocina, iban y venían dando tumbos por entre sus piernas, y se enderezaban asiéndose de sus pantalones, sin que Juan diera muestra de enojo, aunque de adentro venía una granizada de regaños.

—Qué le pasa a Juan Can que está hoy de tan buen humor?, preguntó traviesamente Margarita, la más graciosa y joven de las criadas de servicio, asomándose por una ventana y halando del pelo a Juan Canito. Tenía Juan tantas canas y arrugas que las muchachas jugaban con él sin miedo, olvidando que, aunque les parecía un Matusalén, ni estaba Juan tan viejo como creían, ni tan seguras ellas en sus juegos.

—La vista de su cara, Señorita Margarita, repuso con presteza, guiñándole los ojos, poniéndose en pie, y haciendo un saludo de burla hacia la ventana.

—¡Por supuesto que señorita!, dijo echándose a reír la cocinera Marta, madre de la moza: el Señor Juan Canito viene a burlarse de los que son mejores que él.—Y lanzó el agua no muy limpia de una cacerola de cobre con tanta destreza por sobre la cabeza de Juan, que ni una gota le cayó en el cuerpo, aunque pareció que toda el agua le iba encima. El patio entero, jóvenes y viejos, muchachos y gallos, pavos y gallinas, se dispersó cacareando por los rincones, como si lloviesen piedras. Al bullicio vinieron corriendo todas las criadas: las gemelas Ana y María, ya de cuarenta años, nacidas en la casa antes de que el General tomase esposa; sus dos hijas, Rosa y Ana la Niña, como seguían llamándola, aun cuando pesaba ya más que su madre; la vieja Juana, de tantos años que ni la Señora sabía su edad cierta: ni ella, la infeliz, podía contar mucho porque estaba ida del juicio de diez años atrás, y sólo servía para quitar las vainas al frijol, lo que hizo siempre tan bien como en su juventud, sin vérsela alegre sino cuando había frijoles que descascarar. No le faltaban por fortuna, porque el frijol no escasea nunca en labranza de México; y para que Juana tuviese qué hacer, lo almacenaban todos los años en cantidad sobrada para un ejército. Verdad es que, aunque venida a menos, era un pequeño ejército la casa de la Señora. Nadie supo nunca exactamente cuántas mujeres había en la cocina, ni hombres en el campo: siempre había primas, sobrinas y cuñadas, que venían a quedarse, y primos, sobrinos y cuñados que estaban de paso para lo alto o lo bajo del valle. Los que

cobraban paga, bien los conocía el Señor Felipe; pero no a todos los que se alimentaban de la casa y vivían en ella. ¡No cabían en caballero mexicano esas cuentas mezquinas!

—A la Señora no le parecía que hubiera gente en la hacienda: ¡aquello era un puñado, que no podía con la obra de la casa! En vida del General sí se pudo decir que jamás se cerraron las puertas sobre menos de cincuenta personas; pero ya aquel tiempo había pasado, ¡pasado para siempre!, y aunque un extranjero, al ver la carrera y alharaca que levantó en el patio la hazaña de Marta, hubiera podido preguntarse con asombro cómo cabían en una sola casa tanta mujer y rapazuelo, el único pensamiento de la Señora, al aparecer en aquel instante en la puerta, fue éste:—¡Pobrecitos: qué pocos quedan ya! Creo que Marta tiene mucho trabajo. Le quitaré quehacer a Margarita para que la ayude.<sup>34</sup>Suspiró tristemente, y se dirigió por las habitaciones interiores al cuarto de Felipe, llevándose como sin querer el rosario al corazón.

Lo que vio al llegar al cuarto era para conmover a cualquier madre: un segundo, sólo un segundo se detuvo en el umbral contemplando aquel cuadro; y grande habría sido el pasmo de Felipe Moreno si le hubiesen dicho que cuando su madre con voz serena le saludaba así: «Buenos días, hijo. ¿Dormiste bien? ¿Estás mejor?»,—lo que su corazón decía en un arranque apasionado era esto: «¡Mi hijo divino! Los santos me le han puesto la cara de su padre. Nació para ser rey.»

La verdad es que Felipe no tenía la menor condición de persona real; porque si la tuviese, no lo habría manejado su madre sin que él se diera cuenta de ello. Pero por lo que hace a hermosura nunca hubo monarca de rostro y cuerpo más apropiados para realzar el manto y la corona; así como era cierto que, fuese o no cosa de los santos, su cara era la misma del General Moreno. Raras veces hay parecido tan marcado entre padre e hijo. Una vez que Felipe, para una fiesta de gran ceremonia, se puso el manto de terciopelo bordado de oro, calzón corto sujeto a la rodilla por una liga roja, y el sombrero cargado de oro y plata que su padre había usado veinticinco años antes, la Señora se desmayó y rodó por tierra. Y cuando abrió los ojos, y vio inclinado sobre ella, diciéndole tiernas palabras, a aquel mancebo de la barba negra y el suntuoso arreo, se desmayó otra vez:—» ¡Madre, madre mía! No me los pondré si te hacen padecer. Déjamelos quitar. Ya no voy a esa maldita procesión!» Y comenzó a desabrocharse el cinto.



—No, no, Felipe, dijo la Señora. Quiero que te los pongas y poniéndose en pie, deshecha en lágrimas, volvió a abrocharle el cinturón que tantas veces ciñeron a otro cuerpo sus manos, siempre premiadas con un beso.

—Llévalos,—dijo, secos ya los ojos y ardiéndole las palabras,—llévalos, para que vean esos perros yanquis cómo era un caballero mexicano antes de que nos pusieran el pie en el cuello!—Y fue con él hasta la puerta, y allí estuvo, moviendo bravamente su pañuelo hacia el jinete, hasta que desapareció por el camino. Pero entonces, demudado el rostro y la cabeza baja, volvió penosamente hasta su alcoba, se encerró en ella, cayó de rodillas frente a la imagen de la Virgen que tenía a la cabecera de su cama, y así pasó la mayor parte del día, implorando perdón, y rogando que fuesen castigados los herejes: ¡eso sobre todo pedía a Dios con ardor: el castigo!

Juan Can estaba en lo cierto al calcular que no era la enfermedad de Felipe la causa de tener demorada la esquila, sino la tardanza del Padre Salvatierra. Y más satisfecho habría aún quedado de su perspicacia, si hubiese podido oír lo que conversaban en el cuarto madre e hijo, mientras que él, medio dormido en el colgadizo, zurcía sus ideas y se felicitaba por su ingenio.

—Juan Can anda ya inquieto por la esquila, decía la Señora. Supongo que tú pensarás lo mismo, hijo, que es mejor esperar a que el Padre Salvatierra venga. Nada más que aquí lo pueden ver los indios, y no sería cristiano perder esa ocasión; pero Juan se enoja. Va poniéndose viejo, y creo que lo tiene ofendido estar bajo tu mando. Él no puede olvidar que te llevó mucho tiempo en las rodillas; pero tampoco puedo olvidar yo que tú eres el hombre en quien descanso.

Volvió a ella Felipe su bello rostro con una sonrisa de hijo enamorado y vanidad agradecida:

—Pues si tú puedes descansar en mí, madre mía, eso nada más le pido a los santos;—y en su mano derecha tomó las dos flacas y finas de su madre, y las besó con ternura amorosa.<sup>34</sup>Me echas a perder, mi madre: me estás volviendo orgulloso.

—La orgullosa soy yo, replicó ella; pero orgullo no es, sino agradecimiento al Señor, porque me ha dado un hijo tan juicioso como su padre, que me amparará en los pocos años que me quedan de vida. Moriré contenta estando tú a la cabeza de la casa, viviendo como debe vivir un caballero mexicano, si en lo que nos queda de esta tierra

infeliz se puede vivir todavía como caballero. Y en eso de la esquila, Felipe, ¿querrías tú empezarla antes de que viniese el Padre Salvatierra? Alejandro y su gente están listos: en dos jornadas se ponen aquí de vuelta con el propio. El Padre no puede llegar hasta el 10. El 1° salió de Santa Bárbara, y viene a pie todo el camino: lo menos tarda seis días, porque ya está débil y viejo. En Ventura pasará un Domingo, y otro día en el rancho de los Ortega, y en el de los López tienen un bautizo. Sí, pues: el 10 es lo más pronto que puede llegar: cerca de dos semanas todavía. Tú tal vez te levantarás la semana que viene: para el 10 ya estarás casi bueno.

—Por supuesto que estaré, dijo Felipe riendo, y echando a los pies con tal brío los cobertores, que quedaron temblando los pilares y el cielo festoneado de la cama. Ya estaría bueno ahora, si no fuera por esta debilidad que no me deja tenerme en pie. Me parece que me haría bien el aire fresco.

Lo cierto es que Felipe ardía en deseos de verse ya en la esquila: para él era la esquila una especie de fiesta, por más que trabajaba en ella recio, y dos semanas le pareció mucho esperar.

—Las fiebres dejan siempre débil por muchas semanas, dijo la Señora. No sé yo si estarás bastante fuerte dentro de quince días para la ensaca; pero Juan Can me decía hoy que él ensacaba cuando tú eras todavía un muchacho, y no era preciso esperarte para eso.

—¿Conque eso ha dicho el insolente?, dijo Felipe con enojo. Yo le diré que nadie hará aquí la ensaca más que yo, mientras yo sea aquí el amo; y la esquila se hará cuando yo quiera, y no antes.

—Tal vez no sería bueno decir que no va a hacerse hasta que el Padre venga, ¿no te parece?, preguntó la Señora en tono de duda, como si no tuviese ya el asunto decidido. Al Padre no lo respetan los mozos de ahora como los de antes, y hasta Juan mismo me está pareciendo un poco tocado de herejía, desde que los americanos revuelven la tierra buscando dinero, como perros que van oliendo el suelo. Pudiera ser que a Juan no le gustase saber que sólo se espera por el Padre. Tú ¿qué piensas?

—Pienso que tiene bastante con saber que no se esquilará hasta que yo quiera, dijo Felipe todavía enojado. En eso se queda.

En eso precisamente quería la Señora que se quedase; pero ni Juan Canito mismo sospechaba que esa intención era sólo idea de ella, y no de su hijo: Felipe, por su parte, hubiera tenido como maniático al que

le dijese que no era él, sino la Señora, quien había decidido esperar para la esquila a que viniera el Padre, y no decir palabra en el rancho sobre la razón de la demora.

Conseguir de ese modo sus fines es la suma del arte. No aparecer jamás como factor en la situación que se desea; saber mover como instrumentos a los demás hombres, con la misma callada e implícita voluntad con que se mueve el pie o la mano, eso es vencer de veras, eso es domar en el grado más alto la fortuna. Ha habido una u otra vez en la historia del mundo hombres prominentes que estudiaron y adquirieron en grado notable ese poder supremo, y por medio de él manejaron a embajadores, senados y monarcas, y sujetaron los imperios. Pero es dudoso que aun en esas singulares ocasiones haya sido tan completo el éxito como el que obtiene a veces en más humilde círculo una mujer en quien esa cualidad es un instinto, y no obra del estudio, una pasión más que un modo de gobierno. Ésa es la perpetua diferencia entre el talento y el genio. La Señora era el genio.